

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JUNIO—NÚM. 16 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

El ciprés del Generalife, por L. M.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Pobreza y felicidad, por Maria del Pilar Sinués.—Casilda, por Antonio de Trueba.—Una violeta, poesía, por Ángel Arcos y Molinero.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL CIPRÉS DEL GENERALIFE.

Cuál es el viajero que al recorrer en Granada los encantados bosques de la Alhambra y los embalsamados jardines de Generalife, no se ha detenido en el pátio del Estanque de esta casa de placer de los reyes moros, sorprendido al ver los robustos cipreces que bordan sus orillas, elevar hasta el cielo sus verdes copas tan agudas como las agujas de las torres de una catedral gótica? Y cual es tambien el que no se dirige atraído por una fuerza indefinible, hácia el segundo de los de la izquierda, y no se queda absor-

to contemplando aquel robusto tronco, cuya superficie está mutilada por mil partes, y cuando ha sacudido de su imaginacion los recuerdos que el árbol venerable le despierta, no ha cortado una astilla de su porosa corteza, y la ha conservado como una preciosa reliquia para enseñarla con orgullo en los países mas remotos del mundo?

Hemos visto al célebre Washington Irving, parado enfrente del colosal ciprés, con los ojos clavados sobre su elevada copa, pasar horas enteras abismados en los recuerdos que despertaba en él, y no salir de su enajenamiento sino para acercarse con religioso respeto, y cortar una delgada astilla para enseñarla á sus amigos del Nuevo Mundo.

El ilustre Chateaubriand dice, que cuando volvió de sus viajes por Oriente y Occidente, llevó á París dos cosas de un inestimable valor para él; una piedra del rio Jordan en Judea, y un pedazo de la corteza del ciprés del Generalife en Granada.

¿Qué es lo que le ha dado esta celebridad universal? Qué acontecimientos pasaron á su sombra? En qué historia hizo un papel interesante? Hé aquí lo que vamos á averiguar.

I.

Corrian los años de 1491. El rey moro de Granada Abo-Abdheli despues de su infructuoso ataque contra la plaza de Jaen y de la batalla de Rio Frio, en la que habia perdido el estandarte real, aunque en cambio hizouna gran presa de ganados á los cristianos: fué á pasar los calurosos dias del estío á los frescos cármenes de Aynadamar en las orillas del rio Darro acompañado de los jefes de las turbulentas tribus de los Zegríes y Gomeles.

Acababan una tarde de comer, y se suscitó la conversacion sobre la última batalla, y el monarca granadino no pudo por menos de confesar que, sin el valor y el esfuerzo de los caballeros abencerrajes y Gazules, hubieran sido completamente derrotados por el obispo D. Gonzalo, caudillo de los cristianos: cuando levantándose de repente un caballero Zegrí, y dirigiéndose al rey le dijo:

—No son tan valientes como los caballeros de Jaen, pues han sido rechazados por estos.

—¿Y si no hubiera sido por ellos y sus tribus adictas, hubiéramos escapado ninguno de la rota de Rio Frio? contestó el rey.

—Hacen bien en ser valientes, añadió un Gomel; pues que son traidores y desleales.

—Imposible, exclamó Abo-Abdheli: los Abencerrajes son tan leales como valientes.

—Por vida de Alá, señor, que estais ciego: ¿no conoceis que esa orgullosa tribu está haciendo mil favores á los cristianos, ya dando libertad á los que hace prisioneros, ya aliviando la suerte de los que están entre cadenas, en desprecio de vuestras órdenes, tanto para demostrar al pueblo que vos no la imponeis respeto, cuanto para hacerse partidarios en la corte del rey castellano, y tener allí amigos que les acorran en un dia de desgracia?

—¿Y no reparais, añadió Mahomat Zegrí, en su fastuoso porte y en su insultante lujo en tiempo de tanta calamidad?

—Desengaños, señor, repuso otro Gomel, los Abencerrajes son traidores. Tiempo es ya de arrancar la venda que os impide ver su escandalosa conducta: no contentos con haber esclavizado al pueblo, no contentos con igualarse á nuestras reales tribus, invadiendo los altos destinos del reino, han atacado á V. A. en lo mas vivo de su honor.

—Qué quereis decir? contestó el rey poniéndose pálido.

—Queremos decir, que su caudillo Albin-Hamad ha seducido á la reina Moraima, y que ambos os hacen traicion.

—Infamia! gritó Abo-Abdheli empuñando con trémula mano su gumia: las pruebas! las pruebas al instante! Ay de sus cabezas si esto es cierto! Ay de las vuestras si me engañais!

—Recordais, señor, las zambras que en Generalife dispusísteis para celebrar las bodas de la hermosa Haxa y del valiente Reduan? dijo el Zegrí Mahomet; pues en aquella noche salí del salon del baile á respirar el perfume de las flores de los jardines, y al pasar por una calle de arroyanes junto al estanque, con mis sobrinos Mahamat y Alunt, y con Mahandin Gomel, oimos al pié de un ciprés un ligero murmullo: no pudimos ver los que lo producian, pues los ocultaban los espesos rosales que hay al pié: mas separándonos con cautela y escondiéndonos detras de otros, vimos salir á poco una mujer con el velo echado á quien conocí al pasar junto á mí, pues la iluminaba un rayo de luna; era la sultana Moraima.... Aguardar, señor, prosiguió Mahomet; detrás la seguia el traidor Albin-Hamad, el que, cogiendo rosas blancas y encarnadas la hizo una guirnalda y se la colocó en la cabeza diciéndola: «Oh! cuan hermosa estás amada mia, con esa corona de flores!» «La prefiero, le contestó, á la de oro con que ha ceñido mis sienes el imbécil Abo-Abdheli!»

—Callad! gritó con voz de trueno el desgraciado monarca: muerte! muerte al infi! Exterminio á esa infame raza! Juro por el profeta que he de hacer rodar sus cabezas, y que sus impuros cuerpos reducidos á cenizas se esparcirán por el aire para escarmiento de traidores y alevos. Á Generalife, prosiguió, á Generalife.

II.

Hallábase una mañana formado el ejército castellano en los campos de Talavera de la Reina, al que pasaban revista los reyes D. Fernando V. y D.^a Isabel, para disponerse á marchar muy en breve á la vega de Granada á fin de poner cerco á esta ciudad, única que ya poseian los moros; y los diferentes capitanes andaban al frente de sus aguerridos tercios, estimulándolos con la esperanza de un seguro vencimiento y de un riquísimo botin, cuando apareció en los cuarteles de D. Juan Chacon, señor de Cartagena, uno de los mas famosos caballeros del ejército, un corredor que venia de tierra de moros, el que conducido á su presencia le entregó una carta sellada con armas reales.

(Continuara.)

L. M.

LA PENDIENTE DEL ABISMO

CONTINUACION.

—Señora, si V. me compadece, si V. me tiene una mano ¿que mas puedo esperar? que mas puede concederme? ¡Oh! si V. supiera cuanto bien me ha hecho.

—Es que yo nunca he creído... es que no puedo creer que sea V. culpable, exclamó Marta, impetuosamente.

—Y sin embargo... murmuró Mercedes con tristeza, y sin embargo todo me acusa, y yo no puedo defenderme.

—Oh! es verdad!

—Y tendré que sufrir! el cielo sabe cuanto! sin que mi labio se abra una sola vez para probar mi inocencia!

—Su inocencia!

—Sí: Dios que lee en las almas, sabe que la mía está libre del delito que hoy la mancha.

—Pero esto es horrible, señora, esto es horrible Mercedes inclinó la cabeza con abatimiento.

—Y ¿será V. tan cruel que por guardar ese silencio que no comprendo, desgarré el corazón de su esposo, abandone á su pobre hija en el lecho del dolor, sin una mano amiga que aproxime á sus labios un vaso de agua ó una medicina salvadora?

Mercedes se oprimió la frente con las manos, y murmuró.

—Mi hija! mi esposo! Oh! tiene V. razón, esto es cruel!

Y despues, como hablando consigo misma, añadió.

—Si por salvar al uno, perderé á los otros!

Marta prestó mas atención al escuchar estas palabras.

—Oh! continuó Mercedes, cuya razón se estraviaba; ¿Qué será de mi pobre Luisa sin mí? ¿qué será de mi esposo, del compañero de mi vida, que anciano y débil, ni aun puede correr al lado de su hija. cuando su hija le necesite? ¡Morirán los dos! morirán acaso de vergüenza, de hambre, de abandono! por que ¿quién á de querer tender su mano á una familia marcada con la infamia, á una hija cuya madre está acusada de haber robado!

La exaltación de Mercedes crecía.

Marta quería aprovechar aquellos momentos

y escuchaba con afán, ansiosa de oír una frase, un nombre que le revelara la verdad!

—Dios mío! Dios mío, continuó la pobre presa: el caliz de amargura que acercais á mis labios, es superior á mis fuerzas y no puedo agotarlo, Señor, no puedo!

—Diga V. una palabra y todo tendrá remedio, diga V. una palabra y Luisa se salvará: y correrá V. á su lado, y yo....

—Una palabra! exclamó Mercedes que desesperada al recuerdo de las prendas de su alma, sentía que la razón la abandonaba. Una palabra! á estas gentes que nada tienen que temer, les parece muy fácil que una madre pronuncie la frase que perdería á su hijo! que pondría en su frente la marca de ladrón y en su mano la cadena del presidiario! Les parece muy fácil decir la verdad!

—Pero si ese hijo es el culpable, se apresuró á decir Marta, si ese hijo es culpable, es muy cruel abandonar y matar por él á los inocentes, que ninguna culpa han cometido.

—¡Á los inocentes les ampara Dios, al criminal solo puede ampararle una madre cuyo amor es tan grande que excluye la justicia, para ser indulgencia todo!

—Pero si la madre olvida el sentimiento de la rectitud por el de la ternura, á los demás nos toca...

—¿Qué ha dicho V.? exclamó Mercedes en el colmo del estravio; ¿qué ha dicho V.? ¿quién se atrevería á acusar á mi Julio, cuando yo misma le defiendo? ¿quién se atrevería á decir que él es quien estuvo allí, que el armario estaba abierto, que... ¡Oh! nadie, nadie! si yo sola lo ví, si yo sola pude adivinar que era él...!

—¡Ah! con que ese Julio... con que él... ¡Oh! bien sabía yo que esta mujer no podía ser culpada! exclamó Marta sin ser dueña de contenerse.

Mercedes la miró con espanto.

Comprendió su situación, y volviéndose hacia ella con expresión de desesperada energía:

—Y bien, sí; dijo; aquí estamos solas, nadie nos oye, nadie puede probar mañana lo que yo le diga á V. hoy. Además V. es madre... Anoche decía que temblaba por su hijo, y comprenderá lo que yo hago por el mío. Sí, Julio, mi Julio, mi infeliz hijo, es que, trastornado sin dudar en un momento de vértigo, á tomado ese dinero... ese dinero que él sin duda juzgaba nuestro... porque él ignoraba que su padre tenía en su poder ese depósito hace diez años; solo mi esposo y yo poseíamos este secreto; ¡á no ser así Julio lo hubiera respetado! por que él es honrado...

muy honrado, ¡pero es muy desgraciado al par! él no tiene la culpa... era ininspecto... los amigos... los amigos le han perdido! pero no le juzge V. mal señora, y sobre todo no revele V. estas frases que en un momento de extravío á podido sorprender en mis lábios, por que sería inútil porque yo diría que V. quería salvarme por una compasión exajerada... por que... no se lo que haría! pero yo no quiero que mi hijo sea un presidiario, ¡no, no quiero, no quiero! Y V. callará, ¡oh! ¿es verdad que callará? piense V. en su hijo, recuerde lo que sería capaz de hacer por él, y tenga piedad del mio, tenga piedad de esta infeliz mujer que la pide de rodillas por un desgraciado...

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

POBREZA Y FELICIDAD.

(CONCLUSION.)

—Si señora, respondió; ¿veis allá al lado del camino una carreta? pues esa es la casa de unos pobres alemanes; ¡si supiérais, señora que desgraciados son! cuando paso por aquí y los veo, me dá vergüenza de ser tan dichosa.

Miré en derredor mio, y vi, en efecto, sobre el camino una de esas casas ambulantes que sirven de asilo á los miserables cesteros alemanes y en las cuales nace, vive y muere toda su familia compuesta de gran número de hijos.

—¿Conoces tú á esas pobres gentes? pregunté á Dionisia.

—Si, señora, me respondió esta; todos los años vienen á nuestra casa, al dar su vuelta por este pueblo; cada año los niños han crecido, y cada año hay uno nuevo: es cosa muy triste ver tantos niños mal comidos y mal vestidos! aquí está el último.

Una criatura, casi desnuda, ensayaba sus primeras fuerzas asiendose, para tenerse de pié, á las ruedas de la carreta; los otros niños, segun su edad, ayudaban á su madre á preparar sobre

el suelo terroso del camino el almuerzo para toda la familia; los niños eran nueve: el almuerzo se componia de leche y pan negro, que debian comer en unas tazas de barro, y con cucharas de estaño ennegrecidas.

Algunos de los niños vinieron presurosos á saludarme, con intencion visiblemente interesada, pero tan gozosos como si hubieran vivido entre mil comodidades: al rededor de ellos andaba y se movia un enorme perro, que era el amigo de todos, el amigo indispensable, porque era el que ayudaba al padre á arrastrar la carreta; aquella familia representaba la vida nómada en su último grado de miseria.

—¡Ya veis, señora, que pobres son! me dijo mi pequeña compañera: en casa les compramos cestos, sin que tengamos gran necesidad de ellos; y se les dan á componer los que aún podrian servir, solo porque ganen alguna cosa; mi madre les hace además algunos regalitos: la noche pasada, vine con ella, y en tanto que los pobres cesteros dormian, atamos á la carreta un vestidito de niño; como yo no tengo nada mio, nada les puedo dar, pero ayer he pedido permiso á mi madre para traerles un huevo muy grande que hallé en el corral; le habia puesto la gallina blanca que come en mi mano.

—¿Te dan mucha lástima esos pobres niños, es cierto Dionisia?

—¡Oh, si señora! ¡yo quisiera darles vestidos sin agujeros, como los míos, que mi hermana mayor compone tan pronto y tan bien! quisiera darles buena sopa como la que comemos nosotros, y sobre todo una bonita casa como la nuestra, ¡mirad que linda se asoma allá abajo, entre los álamos! ¡en verdad que soy demasiado dichosa; y, cuando veo á esos niños, tengo miedo!

—¿Miedo de qué?

—Miedo de ser demasiado rica, respondió la aldeanita con una adorable ingenuidad: yo tengo mas de lo que necesito, y ellos se contentan con casi nada; ¡oh! ¡cuando entremos en el cielo, ellos pasarán delante de mí, por poco honradamente que hayan vivido en su miseria!

La sana filosofía de aquella niña hizo que á mi vez me sintiera avergonzada.

—Dionisia mira á los que están mas abajo que ella, me dije, y se encuentra demasiado rica: yo he mirado á los que están mas altos, y por eso mi corazon se consume de envidia y ha llegado á creerse desheredado, mientras que cada dia recibo los dones de Dios con tanta abundancia. Á esos pobres cesteros no les ha tocado en suerte otra cosa que cuatro tablas sobre dos ruedas; un jergon y algunos harapos; y sin embargo, viven y están contentos; á Dionisia le ha tocado

un círculo mas ancho, y que ahora me parece tan estrecho: y no obstante, ella se encuentra muy bien, y teme ser demasiado rica: y yo, cobarde, convidada al festin de la Providencia, me quejo sin cesar porque hay sitios en él mejores que el mio! y me creo á la vez buena, instruida, grave y casi perfecta; preciso es que pase de mi orgullo al candor de Dionisia, y de este candor á la miseria espantosa de los cesteros alemanes; es preciso que reconozca que insulto á Dios al llorar sobre su mesa, cuando hay tantos seres que vagan en derredor de ella para recoger las migas que yo dejo caer.

—Señora, me dijo la aldeanita; ¿qué teneis? ¿no andais ni decis nada! ¿os habeis puesto enferma? ved otro tren que va á salir; vamos deprisa, ó no le alcanzareis tampoco porque queda muy poco tiempo.

Apresuráme á dar una limosna á los hijos del cestero, y puse en la pequeña mano de Dionisia un luis de oro, como una muestra afectuosa de mi gratitud: luego me dirigí apresuradamente al despacho de billetes; pero ya estaba cerrado; me dijeron que para el tren siguiente tenia que esperar una hora.

Diosinia se habia alejado; volví al campo, me senté á la sombra, y me puse á contemplar el cielo, los árboles y la pradera; una calma bienhechora discurría por mis venas; el dulce cuadro que contemplaban mis ojos daba reposo á mi espíritu, y alejaba de mi memoria las imágenes importunas: estaba curada.

Desde entonces no he tenido recaída alguna; cuando siento mi imaginacion enardecerse ó agitarse; cuando siento deseos de comparar mi posicion modesta con otra mas elevada, recuerdo el sendero donde hallé á Dionisia, recuerdo la carreta de los cesteros, y digo como aquella:

—¡Tengo miedo de ser demasiado rica! ¡Señor, Dios mio, si algo de lo que yo tengo hace falta para algun desgraciado, dádselo, y bendita sea vuestra santísima voluntad!

Maria del Pilar Sinués.

CASILDA.

Era el rey de Toledo el moro Almenon, con quien el rey de Castilla don Fernando el Grande, mantenía cordial amistad.

Este rey moro tenia una hija muy hermosa y compasiva, llamada Casilda.

Una esclava castellana contó á la hija del rey moro que los nazarenos amaban á su Dios, y á su rey, y á sus padres, y á sus hermanos, y á sus esposas.

Tambien contó la esclava á la hija del rey moro que los nazarenos nunca quedan huérfanos de madre, porque cuando pierden á la que los concibió en sus entrañas, les queda otra, llamada María, que es una madre inmortal.

Pasaron años, pasaron años, y Casilda fué creciendo en cuerpo y en hermosura y en virtud. Se le murió su madre, y envidió la dicha de los huérfanos nazarenos.

En los confines del jardín que rodeaba el palacio del rey moro habia unas lóbregas mazmorras, donde gemían, hambrientos y cargados de cadenas, muchos cautivos cristianos.

Sucedió que un día fué Casilda á pasear por los jardines de su padre, y oyó gemir á los pobres cautivos. La princesa mora tornó al palacio, lleno su corazón de tristeza.

II

Á la puerta del palacio encontró Casilda á su padre, y arrodillándose á sus pies, le dijo:

—¡Padre! ¡Señor padre! En las mazmorras de allente los jardines gime muchedumbre de cautivos. Quitales sus cadenas, ábreles las puertas de su prision y déjalos tornar á tierra de nazarenos, donde lloran por ellos padres, hermanos, esposa, amadas.

El moro bendijo á su hija en el fondo de su corazón, porque era bueno y amaba á Casilda como á la niña de sus ojos.

El pobre moro no tenia mas hija que aquella.

El pobre moro amaba á Casilda porque era su hija, y porque era además la viva imagen de la dulce esposa cuya pérdida lloraba hacía un año.

Pero el moro, antes que padre, era musulman y rey, y se creía obligado á castigar la audacia de su hija.

Porque compadecer á los cautivos cristianos

y pedir su libertad era un crimen, que el Profeta mandaba castigar con la muerte.

Por eso ocultó la complacencia de su alma, y dijo á Casilda con airado semblante y voz amenazadora:

—¡Aparta, falsa creyente, aparta! ¡Tu lengua será cortada y tu cuerpo arrojado á las llamas, que tal pena merece quien aboga por los nazarenos!

É iba á llamar á sus verdugos para entregarles su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo á sus piés demandándole perdon en memoria de su madre.

El pobre moro sintió sus ojos arrasados en lágrimas, estrechó á su hija contra su corazón, y la perdonó, diciendo:

—Guárdate, hija mia, de pedir otra vez por los cristianos, y aun de compadecerlos, porque entonces no habrá misericordia para tí; que el Santo Profeta ha escrito: «Exterminado será el creyente que no extermine á los infieles».

II

Cantaban los pájaros, era azul el cielo, era el sol dorado, se abrian las flores, y el aura de la mañana llevaba al palacio del rey moro el perfume de los jardines.

Casilda estaba muy triste, y se asomó á la ventana para distraer sus melancolías.

Los jardines le parecieron entonces tan bellos, que no pudo resistir á su encanto, y bajó á pasear su tristeza por sus olorosas enramadas.

Cuentan que el ángel de la compasion, en forma de una hermosísima mariposa, le salió al paso y encantó su corazón y sus ojos.

La mariposa volaba, volaba, volaba de flor en flor, y Casilda iba en pos de ella sin conseguir alcanzarla.

Mariposa y niña tropezaron con unos recios muros, y la mariposa penetró en ellos, dejando allí inmóvil y enamorada á la niña.

Tras aquellos recios muros oyó Casilda tristes lamentos, y entonces recordó que allí gemían, hambrientos y cargados de cadenas, los pobres nazarenos, por quienes en Castilla lloraban padres, hermanos, esposas, y amadas.

Y la caridad y la compasion fortalecieron su alma é iluminaron su entendimiento.

Casilda tornó al palacio, y tomando viandas y oro tornóse hácia las mazmorras, siguiendo á la mariposa, que volvió á presentarse á su paso.

(Continuará.)

Antonio de Trueba.

Á UNA VIOLETA.

Tímida flor que creces olvidada
Oculta en la pradera,
Beldad humilde con amor besada
Por la brisa lijera,
Y del arroyo plácido halagada.

Sencilla flor, modesta, sensitiva,
Tesoro regalado
Cuya belleza sin igual cautiva,
Cuyo ambiente aromado
Tu linda gracia en el vergel no esquivo.

Pálida entre las ojás maternas
Escondes tu hermosura,
A cautivar el corazón no sales
Y solo en la espesura,
Te miras del arroyo en los cristales.

Cándida, ocultas tu cabeza hermosa,
No ostentas alba frente
Cual otra flor altiva y orgullosa,
Solo aroma al ambiente
Prestas, rival de la purpúrea rosa.

Alegre el aura tu beldad aclama
Respirando tu esencia,
Y tu modestia y tu virtud proclama
Si mira tu presencia,
Y del bello jardín reina te llama.

Y si la aurora rubicunda y pura
Llora en tu hermoso seno,

Y en tu cáliz, su lágrima fulgura
De plata y oro lleno,
¿Quién resiste tu mágica hermosura?

Crece, tímida flor, vive y suspira
Donde lata sensible
Un corazón, y el aura que te aspira
Risueña y apacible,
Murmure entre las cuerdas de mi lira.

Angel Arcos y Molinero.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Apenas había el niño dejado la estancia, cuando Rosa, la hija del señor Nicolás, pidió permiso para entrar,

—¡Ah! eres tú, Rosa; ven hija mía, que te estaba esperando, dijo la anciana con voz dulce.

La joven se adelantó tímidamente.

Aunque conocía la bondad de la Marquesa, era tal el respeto que le tenía, que al ser llamada por ella en particular, se sentía turbada y sobrecogida en su presencia.

La hermosa niña se preguntó mil veces á si misma, si habría cometido alguna falta involuntaria, ó si en su conducta ó en sus palabras habría visto la noble anciana algo que mereciese reproche ó corrección.

Rosa era muy bella: pero en aquel instante lo estaba mucho mas, pues el encendido color de sus mejillas prestaba á su semblante nuevos encantos.

—Vamos, dijo la anciana señora al reparar en su timidez: acércate, hija mía, tenemos que hablar un instante.

Rosa alzó sus magníficos ojos negros y al ver la sonrisa cariñosa de su noble señora, se animó un poco y dijo con su natural modestia.

—Espero las órdenes de V. E., ya que ha tenido la amabilidad de querer hablar conmigo.

—Mira, hija mía, yo sé que no tienes madre, ¿si la tuvieses, á ella me hubiera dirigido: pero Dios la llamó á su seno, y yo, aunque sin ningún derecho á ello, voy á hacer sus veces contigo, pues como á hijos miro yo á todos los dependientes de mi casa.

—Oh! V. E. puede... ya sabemos todos lo que le debemos, y lo que la tenemos que respetar.

—Pues bien, aunque sea extraña mi pregunta, quiero que contestes á ella con verdad; dime, Rosa, dime, ¿tienes tu corazón libre? has amado á algún hombre, le amas ahora? piensa que de tu respuesta depende quizá tu porvenir.

La niña, mas encendida aun, pero con la expresión de un candor excesivo,

—Yo, señora, contestó, he vivido hasta ahora tan retirada en el cortijo de mi padre, he frecuentado tan pocas las fiestas, he bajado tan rara vez á las aldeas vecinas, que no... además, solo he tenido hasta ahora tiempo de amar á mi padre y de pensar en darle gusto.

—Bien; pero al par de eso, alguna vez, hija mía, habrás meditado también en que tarde ó temprano tendrías que apoyarte en el brazo de un hombre para cruzar el camino de la vida.

—Yo, señora, como tengo á mi padre...

—Tu padre, hija mía, por una ley natural, será llamado por Dios antes que tú, y tendrás que quedar sola en el mundo, á menos que un hombre honrado y digno de tí, no te halla tomado por esposa antes.

—Si he de decir á V. E. la verdad, señora, hasta hoy no conozco á ninguno que se haya fijado en mí.

—Y si lo hubiese?

—Vamos. V. E. quiere chancearse.

—No, hija mía, y me extraña que trates de ser reservada conmigo, pues estoy cierta de que ninguna muchacha deja de adivinar los sentimientos que inspira.

—Es que... yo soy una pobre niña criada en el campo, sin instrucción, sin mérito, y no es posible que un hombre bien educado, y acostumbrado á tratar con las jóvenes de la vecindad haya pensado seriamente....

—Ves como ya habías reparado en que alguno te miraba con buenos ojos.

—Puedo asegurar á V. E. que yo ignoraba que el señor Julian...

La Marquesa se sonrió maliciosamente y murmuró.

—Y quien te ha dicho que se trata de mi mayordomo?

La niña ruborosa bajó los ojos y nada contestó, su candor mismo la había vendido.

—Ya ves como yo tenía razón, Rosita, y como habías adivinado que existía un hombre que había fijado los ojos en tí.

Rosa nada contestó, pero su rubor se aumentó mas aun.

—Nada hay en esto de reprehensible, hija mía, y si yo te he llamado, ha sido para hablarte de ello también. Ju-

lian, es un buen muchacho, sus ideas son rectas, y si tu corazón es libre, si crees que puedes ser feliz á su lado, yo me encargaré de pedir tu mano en su nombre, y creo que el señor Nicolás accederá á mi petición.

—Oh! en cuanto á eso, puede V. E. estar segura que la vida que pidiera á mi padre se la otorgaría sin vacilar. ¡La ama y la respeta de tal modo, la queremos todos tanto!

—Gracias, hija mia, pero no se trata de eso. El matrimonio es una cadena que aunque la llaman de flores, es á veces muy pesada, por que es inquebrantable. Antes que tú resuelvas nada, en asunto de tanta trascendencia, quiero, ya que no tienes madre, manifestarte los deberes que contrae una mujer al dar su mano y su corazón á un hombre. Desde el instante, Rosa mia, tomamos el título de esposas, abdicamos por completo nuestra voluntad y nuestro alvedrío en aras de la paz y la felicidad conyugal. El deseo innato de agradar que tiene en su pecho la mujer, debe concretarse, desde el momento en que un hombre la llama suya. á aquel hombre tan solo, y ¡ay! de la que así no lo haga, por que perdería su felicidad y la paz entera de su vida. Y no creas, hija mia, que en esto puede haber transacción ni tolerancia alguna, por que lo que en la mujer libre es lícito é inocente, en la mujer casada es culpable y malo, y censurable y criminal. Por otra parte, la santa dicha de una familia es tan hermosa, que bien pueden trocarse por ella esas pueriles vanidades que el mundo nos ofrece un día, y que nada son para el alma.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

ANUNCIO.

OBRAS COMPLETAS

DE LA SEÑORA

DOÑA ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SU PAGO 4 REALES MENSUALES.

Queriendo mostrar de algun modo nuestra gratitud á los señores suscritores á *La Madre de Familia*, les anunciamos que los que quieran adquirir alguna ó todas estas obras, podrán recibirlas sin tener que desembolsar

su importe de una vez, y abonándolas á razon de 4 reales mensuales recibiendo, sin embargo, las que indiquen á vuelta de correo.

Los cuatro tomos siguientes son en folio, con grabados y mil columnas de testo cada uno, conteniendo las novelas que se espresan á continuacion:

PRECIOS.

Para los suscritores á <i>La Madre de Familia</i> .	Para los que no son suscritores.
Reales.	Reales.

TOMO I.

Lágrimas del corazón.—Consuelo.—La paloma de los cielos.—La misión de una madre.—El noble y el mendigo.—Delirios de la ambición.

30 40

TOMO II.

Buena hija y buena esposa.—La flor del valle.—El lucero de la tarde.—Magdalena.—Culpa y perdón.

30 40

TOMO III.

Guirnalda de la niñez, colección de cuentos morales.—El sueño de un ángel.—Cecilia.—Juicios de Dios.—Una palabra perdida.—Luz y tinieblas.—La lira cristiana, colección de poesías religiosas.—El ramo de violetas, id.—Perlas y lágrimas, id.

30 40

TOMO IV.

Juan, hermano de los pobres, novela histórica religiosa.

30 40

ESCENAS DEL HOGAR.

un tomo en 4.º con las novelas sigtes:

La senda de espigas.—Un rayo de luz.—La miopía del alma.—Al pié de una Cruz.—La sombra de una madre.—Un amor del cielo.
La ruina del hogar, drama de costumbres.
La primera duda, id. id.

6 8

6 8

6 8

LA MADRE DE FAMILIA.

Revista literaria, un tomo perteneciente al año 76.
d. id. al 77

24 30

24 30

GRANADA: Imp. de La Madre de Familia.